

El disciplinamiento del loco: poder, locura y disciplina en la obra de Michel Foucault

Elsa Rodríguez López. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 23/03/2025 • Aceptado 30/05/2025

Resumen

Este trabajo estudia algunos de los conceptos fundamentales de la obra de Michel Foucault y las imbricaciones entre ellos. En concreto, trata de establecer las relaciones existentes entre el poder, el disciplinamiento y la locura. Para ello, se introduce la noción del poder como relación situándola dentro del marco del disciplinamiento. Esto servirá para explicar cómo se materializan estas cuestiones en un arquetipo concreto, el loco.

La locura es uno de los principales intereses del filósofo y, tomándola como territorio paradigmático, se estudiará el funcionamiento de la disciplina en este ámbito. A través de una genealogía de la figura del loco y el análisis de los diferentes procesos utilizados para su disciplinamiento será posible estudiar las conexiones en la obra del autor y comprender la manera en la que el poder y la disciplina actúan sobre el individuo tipificado como «loco». Analizar estas cuestiones es de una relevancia fundamental para estudiar cómo los procesos de disciplinamiento han variado a lo largo del tiempo y conduce a cuestionar la forma en la que se desarrollan en el presente.

Palabras clave: poder, disciplina, locura, Michel Foucault.

Abstract

The discipline of the madman: power, madness and discipline in Michel Foucault's work

This paper studies some of the fundamental concepts of Michel Foucault's work and the interconnections between them. Specifically, it attempts to establish the relationship between power, discipline and madness. To this end, it introduces the notion of power as a relation, placing it within the framework of disciplining. This will explain how these issues materialize in a specific archetype: the madman.

Madness is one of the philosopher's main interests, and, taking it as a paradigmatic territory, the functioning of discipline in this area will be studied. Through a genealogy of the figure of the madman and the analysis of the different processes used to discipline him, it will be possible to study the connections in the author's work and understand how power and discipline act on the individual typified as «mad». Analyzing these issues is of fundamental importance for studying how the processes of disciplining have varied over time and leads to questioning the way they develop in the present.

Keywords: power, discipline, madness, Michel Foucault.

El disciplinamiento del loco: poder, locura y disciplina en la obra de Michel Foucault

Elsa Rodríguez López. Universidad de Oviedo (España)

Recibido 23/03/2025 • Aceptado 30/05/2025

§ 1. Introducción

Uno de los intereses principales del filósofo Michel Foucault es la intersección entre saber, poder y disciplinamiento. Estos conceptos se entremezclan formando un esquema de la configuración del cuerpo social y de las relaciones existentes en el seno de este. El presente ensayo tratará el estudio de algunas de sus ideas fundamentales, con el objetivo de reivindicar su relevancia en el presente y su importancia para entender las dinámicas de poder actuales. Los conceptos anteriormente citados se intercalan en este trabajo con el estudio de otra preocupación clave para el autor, la locura. De esta manera se analizarán los lazos entre las diferentes ideas tanto en la filosofía del autor como en su desarrollo social.

En primer lugar, se estudiará lo que podríamos considerar la fundamentación de la obra foucaultiana, el poder, explicitando la definición del autor, sus características y en qué se diferencia de otras filosofías anteriores, así como su relación ineludible con el saber. Esto servirá para sentar las bases del estudio del poder disciplinario, que se llevará a cabo definiendo su desarrollo, características y aparición.

El análisis del poder y el disciplinamiento no se tratará en un plano abstracto. El estudio de estos conceptos servirá para la investigación del funcionamiento de estas estructuras de poder en un sujeto concreto, en este caso, el loco. Por tanto, se examinará la evolución de esta figura, la importancia que le otorga el autor y la intersección de estos tres ejes en su obra: el poder, la disciplina y la locura. Para terminar, se desarrollarán unos apuntes finales sobre la situación contemporánea, con el objetivo de resaltar la necesidad del estudio y el repensar de estos conceptos en conjunto con las características de la sociedad presente.

§ 2. El poder como relación

El poder es objeto de estudio en la filosofía de Foucault, así como en sus perspectiva política, histórica y económica. Por ello, si queremos hacer un estudio de alguno de los conceptos fundamentales de su obra, se torna completamente necesario definir en qué consiste detalladamente esta idea.

Para comenzar, cabe diferenciarlo de lo que tradicionalmente se ha entendido por poder. Por un lado, podemos encontrarnos con el poder entendido como una posesión, una propiedad privada, característico de la teoría jurídica clásica (Álvarez, 2017: 6). Se definió de esta manera al poder soberano, en el que un sujeto no solo ejerce el poder sobre otros, sino que, desde esta perspectiva, también lo posee. Es un poder de propiedad y acumulativo. Por otro lado, la corriente marxista define el poder basándose en su funcionalidad económica. Es decir, el poder sirve para mantener las relaciones de producción y la dominación de clase, por lo que la economía sería la razón de su existencia (Foucault, 1979: 134). Podemos encontrar otras definiciones del concepto en diferentes tradiciones sociológicas y filosóficas, pero en su mayoría se sirven de definir el poder con base en la ideología que lo sostiene o en la coerción que se ejerce a través de él (López, 1979: 1432).

Sin embargo, frente a esto, Foucault propone repensar el concepto y abre la idea a una dimensión donde el poder trasciende estas estructuras. Ya no es el resultado de la propiedad ni de la situación económica, sino que se concibe como un despliegue de relaciones que actúan desde y hacia todos los lugares del cuerpo social, abarcando a todos los sujetos. De esta manera la dominación y la coerción pasan a ser formas específicas de aplicación del poder y no el poder en sí mismo. El poder en Foucault ya no se localiza en un sujeto o lugar concreto, sino que fluye constituyendo una estrategia (Deleuze, 1987: 102). Es decir, no es una propiedad, este poder se ejerce a través de diversos dispositivos (Ávila-Fuenmayor, 2006: 225) y por eso mismo es considerado una relación.

Debido a que el poder ya no es entendido únicamente desde los presupuestos de la represión o la dominación, alcanza ahora un nuevo estatuto ontológico positivo en el que tiene la capacidad de crear, de producir. El poder produce sujetos sociales a través de dispositivos como la disciplina (López, 2009: 1424), que analizaremos en el apartado

siguiente. Esta capacidad de producción se debe a su vinculación con la verdad y el saber ya que, a través de diferentes mecanismos que se utilizarán para controlar y vigilar a la población, el poder, gracias a su capacidad extractiva, crea nuevos conocimientos a través de la producción de sujetos. Además, el saber no puede desarrollarse fuera de las relaciones de poder, ya que estas dominan todo el cuerpo social. Por ello, no solo el poder produce saber, sino que todo saber se encuentra dentro del poder, determinando las formas y dominios posibles del conocimiento (Foucault, 2023: 37). La relación poder-saber será clave para estudiar la figura que nos compete en este ensayo, el loco, ya que a través del entendimiento de esta relación podremos ver cómo el sujeto tipificado como loco ha sido sometido a la extracción de conocimientos para la formación de saberes dominantes sobre su existencia, como será la psiquiatría.

En el siguiente apartado se definirán las características del poder disciplinario junto con los instrumentos utilizados para su reproducción, para posteriormente analizar sus implicaciones en la locura.

§ 3. Poder disciplinario

En su obra *Vigilar y castigar* Foucault recorre el desarrollo de las diferentes técnicas utilizadas a lo largo de los siglos para castigar y contener a los sujetos que alteraban el orden social. El principal cambio en estas técnicas sucede en el paso de una sociedad construida sobre la economía del suplicio a una sociedad regida por el poder disciplinario.

La economía del suplicio, característica de la Edad Media, se reconoce por ser una pena eminentemente corporal, que debe producir una cantidad de sufrimiento cuantificable, medido por una serie de reglas y formando un ritual donde el pueblo y la observación el castigo son requisitos indispensables para lograr su propósito (Foucault, 2023: 43). El poder soberano es característico de esta época, por lo que los crímenes se entienden como un daño al rey o señor y el castigo como una venganza. El cuerpo del criminal es sometido a tortura y sufrimiento buscando una confesión o una retracción, es decir, una verdad. La demostración punitiva sirve para dar a conocer el saber verdadero sobre el crimen.

Sin embargo, Foucault reconoce ciertos cambios que derivan en un nuevo modelo de castigo. Uno de estos cambios es el impulso demográfico del siglo XVIII que se combina con el crecimiento de los grupos a los que hay que controlar y el crecimiento del aparato de producción (*ibidem*: 251). A partir de este momento se implanta un nuevo método de control de los sujetos asociado a la sociedad productiva determinada por la revolución industrial y la aparición del capitalismo. El poder que se ejercerá a partir de este momento es lo que anteriormente reconocíamos como poder disciplinario.

Los suplicios llevaban al cuerpo del sujeto sometido a su límite físico a través de dispositivos como las torturas. El poder disciplinario tendrá también como uno de sus blancos al cuerpo; sin embargo, su límite se verá en cierto modo definido por un ámbito psicológico. Esto no quiere decir que desaparezcan los castigos físicos, pero ya no serán ritualizados ni enseñados al público. En el disciplinamiento el cuerpo se manipula y se educa para que responda de manera hábil y más concretamente, útil (*ib.*: 158). La coerción ya no se ejerce con métodos de torturas desmesuradas sobre el cuerpo sino a través de mecanismos más d «débiles», en lo que a castigo físico se refiere, pero asegurando el dominio total y constante del sujeto. Así, las relaciones de poder disciplinarias se diseminan por todo el cuerpo social. La disciplina forma parte de las prisiones, los hospitales y las escuelas, pero también de las relaciones fuera de ellas, ya no se encuentra cerrada dentro de instituciones concretas, sino abarcando la sociedad en su conjunto.

El cuerpo disciplinado es un cuerpo productivo y dócil, es decir, sus fuerzas son aumentadas en términos de utilidad económica y a su vez disminuidas en tanto a su obediencia (*ib.*: 160). A través de diferentes técnicas como la clausura, la división, los emplazamientos funcionales o los rangos, se organizan espacios complejos que permiten la circulación del poder y la constitución de sujetos individualizados.

Otro rasgo definitorio de la disciplina es la invisibilidad y, a su vez, la vigilancia. Los suplicios debían ser vistos, el castigo tomaba su verdadera forma cuando la población observaba su desarrollo. Sin embargo, el poder disciplinario, característico de una sociedad individual y privada, se ejerce de manera invisible, de forma que nadie sepa el total de su dominio, pero a su vez, haciendo que los sujetos sometidos sean completamente visibles a los demás. De esta manera el dispositivo disciplinario

está democráticamente controlado (*ib.* 239), garantizando así su penetración ininterrumpida en lo político.

La disciplina domina todo lo relativo al espacio y el tiempo. Por un lado, distribuye en el sistema de relaciones de poder a todos los individuos, demarcando su ámbito de actuación e individualizando a los cuerpos. Por otro lado, el tiempo se torna en eficacia. Se busca el integral aprovechamiento de tiempo con el fin de la producción (López, 1979: 1425).

¿Cuáles son, entonces, los instrumentos que hacen posible el uso y éxito del poder disciplinario? Foucault señala tres dispositivos que sirven para este cometido. Estos son: la vigilancia jerárquica, la sanción normalizadora y el examen (Foucault, 2023: 199).

En primer lugar, se establece la coacción de los individuos a través de la mirada, es decir, es necesario un personal especializado que vigile a los obreros en las fábricas, a los presos en las prisiones, a los enfermos en los hospitales y a los locos en los centros psiquiátricos. Sin embargo, el máximo despliegue de las técnicas de vigilancia llega en el momento en el que estos expertos se convierten en secundarios y la vigilancia disciplinaria se establece entre los propios pacientes, obreros o presos. El dominio sobre el cuerpo a través de ella ya no lo ejercen sujetos determinados que acumulan el poder, sino que las relaciones establecidas entre todos los individuos fomentan, por su disciplinamiento, la propia vigilancia de los otros.

Por otro lado, Foucault reconoce la sanción normalizadora como el castigo propio del régimen disciplinario (*ib.*: 209). Este castigo es eminentemente correctivo, es decir, reduce las desviaciones de los sujetos orientándolos hacia la normalización. Esta normalización es el objetivo principal del régimen disciplinario, ya que atraviesa todos los puntos del cuerpo del sujeto, todos los espacios y tiempos de su existencia excluyendo lo que no es útil y homogeneizando a la población según las características necesarias para el mantenimiento del régimen. El autor señala cómo el poder de la norma funciona fácilmente ya que, si homogeneizar se constituye como regla, se consigue desvanecer rápidamente las diferencias individuales (*ib.*: 215).

Por último, el procedimiento que combina las técnicas anteriores y se conforma como el núcleo del sistema disciplinario es el examen. El examen permite a la vez «calificar, clasificar y castigar» (*idem*). Además, radicaliza la relación establecida

anteriormente entre el ejercicio de poder y la formación del saber. Por un lado, somete a los individuos a la visibilidad absoluta a la vez que ejerce un poder invisible y por otro, crea conocimiento acompañando a su práctica de un registro individualizando a los individuos. Esto se ejemplifica perfectamente con los procesos diagnósticos en los hospitales que estudiaremos en próximos apartados con el sujeto del loco como principal foco de desarrollo de estos procedimientos. Resumidamente, el examen fija en un caso a los individuos constituyéndolos como objetos susceptibles de sometimiento y disciplinamiento.

Foucault, por tanto, define el poder disciplinario como:

Un poder que, en lugar de sacar y de retirar, tiene como función principal la de «enderezar conductas» [...]. No encadena las fuerzas para reducirlas; lo hace de manera que a la vez pueda multiplicarlas y usarlas. En lugar de plegar uniformemente y en masa todo lo que le está sometido, separa, analiza, diferencia, lleva sus procedimientos de descomposición hasta las singularidades necesarias y suficientes. «Encauza» las multitudes móviles, confusas, inútiles de cuerpos y de fuerzas en una multiplicidad de elementos individuales —pequeñas células separadas, autonomías orgánicas, identidades y continuidades genéticas, segmentos combinatorios. La disciplina «fabrica» individuos; es la técnica específica de un poder que se da los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio. No es un poder triunfante que a partir de su propio exceso pueda fiarse en su superpotencia; es un poder modesto, suspicaz, que funciona según el modelo de una economía calculada pero permanente. [Foucault, 2023: 199]

240

De esta manera se resume lo que hemos tratado en este apartado: la disciplina y sus características. A continuación, definiremos la figura del loco para tomarlo como ejemplo de la manera en la que este poder disciplinario actúa sobre unos sujetos concretos, normalizando y a su vez castigando su existencia por no adecuarse a la norma social.

§ 4. Genealogía de la locura

Como hemos señalado, para el autor las relaciones de poder están presentes en todos los ámbitos de nuestra existencia. Por ende, ningún sujeto puede escapar de ellas. Sin embargo, las estrategias propias del poder, como puede ser la coerción o la disciplina, no actúan de la misma manera en todos los sujetos. El loco o el preso son

algunos de los ejemplos que Foucault utiliza para evidenciar la manera en la que funcionan estos dispositivos. La figura del loco, que tomaremos de referencia en este trabajo, muestra la preocupación permanente del autor por las relaciones entre el sujeto, la verdad y la experiencia (Jay, 2009). Para estudiarla, estableceremos cuál es la genealogía de este arquetipo siguiendo el análisis de Foucault desarrollado en su obra *Historia de la locura en la época clásica*.

4. 1. La experiencia de la sinrazón

Si comenzamos nuestro estudio de esta figura en la época renacentista tenemos que contraponer necesariamente las experiencias de la locura a las experiencias de la razón. El conocimiento del loco muestra una sinrazón, una experiencia privada de verdad útil. Si bien en siglos anteriores el loco transmitía un saber oculto, no revelado al grueso de la población, con la hegemonía de la razón este privilegio sapiencial desaparece. Ahora el loco no es más que la encarnación de la sinrazón, del conocimiento desechable y, supuestamente, improductivo. Era necesario idear una estructura que manejara esta falta de razón, para que no pudiera extenderse por toda la sociedad. Esta estructura, que será indiscernible de la formación del saber sobre la locura y, por tanto, de la reproducción de los dispositivos de poder, será el hospital que evolucionará históricamente junto con los procesos sociales y culturales propios de cada época.

Por una parte, en el Absolutismo anterior al siglo XVII el hospital se concibe como una institución de asistencia a los pobres que a su vez funcionaba como mecanismo de exclusión y separación (Foucault, 1990: 157). Los pobres y los locos van a estar, desde este momento, íntimamente relacionados. El pobre es aquel que no trabaja, que se dedica al ocio y esto debe ser condenado. El hospital funciona entonces como una máquina de alienación que debe «curar» de la «enfermedad del ocio», debe hacer que esos pobres salgan recuperados y puedan dedicarse a la actividad productiva. De la misma manera funcionarán las prisiones.

La locura se concibe en este momento como un mal enviado por Dios en el que un sujeto se vuelve irracional. Por ello, en un primer momento de encierro, se intenta salvar el alma de estos sujetos a través de prácticas relacionadas con la fe cristiana, pero esta salvación también conlleva necesariamente la conversión de los locos en

sujetos útiles y trabajadores. El hospital se establece de esta manera en un lugar de producción de saber y reproductor de relaciones de poder (Foucault, 2023: 191) a través de diferentes mecanismos como el encierro.

La estructura de referencia de estos procesos es el Hospital General de París en donde se conjugan los imperativos sociales marcados por la Iglesia Católica y los valores del mundo protoburgués. A través de las *lettres de cachet*, cartas enviadas al rey con el objetivo de privar de libertad a un individuo, las personas eran encerradas en este hospital. De esta manera se evidencia cómo el poder no es propiedad de uno, sino relación entre todos. Los propios individuos son los que exigen el cumplimiento de las normas morales bajo la amenaza de poder ser denunciados si se dedican al ocio o si carecen de razón. El poder se vuelve productivo, entrando a formar parte de la conciencia general del conjunto de la sociedad sin que los individuos se den cuenta de ello.

A través de la denuncia y el encierro se ordena a la sociedad, se corrigen las desviaciones. Así, el hospital delimita el ámbito de actuación del loco por su peligrosidad ya que confronta el orden social. Además, su disciplinamiento no se corresponde con una pena encerrada en un espacio-tiempo concreto, sino que el pretende abarcar toda la existencia del individuo. El hospital es un «foco creador de alienaciones» (Gros, 2000: 50), produce una nueva forma de disciplinamiento, de saber y de actuación sobre los individuos que salen del marco moral.

La locura se encierra por varios motivos como la sinrazón o la supuesta peligrosidad, pero por debajo subyace la verdadera causa de la reclusión: la libre voluntad. En este momento el loco no es un enfermo, solamente ha escogido voluntariamente el camino de la inmoralidad y por ello debe ser encerrado (*ib.*: 53). Desafía los presupuestos del orden, de las costumbres, de la familia por lo que ha de ser reconducido. Esta será la tarea principal de los hospitales donde son encerrados: no curan, sino que conducen.

4. 2. Modernidad y enfermedad

Esto cambiará con la entrada de los presupuestos propios de la Modernidad y el liberalismo. Las nuevas estructuras epistemológicas convierten la locura en

enfermedad mental pudiendo ser así analizada, objetivada y burocratizada desde claves positivistas. Debido a los cambios introducidos en la sociedad por el advenimiento del capitalismo, las relaciones de poder necesariamente cambian haciendo que se desarrollen nuevos dispositivos disciplinarios y nuevas estrategias de control de la subjetividad de los individuos.

Por un lado, este nuevo modelo social considera necesario acabar con las estructuras anteriores que no responden al nuevo sistema. Por ello, se destruyen las antiguas fortificaciones hospitalarias y se establecen nuevos presupuestos liberales para el desarrollo de la medicina (Castel, 1980: 64). Lo que antes estaba en manos de religiosos o voluntarios es adueñado por la medicina, cambiando el estatuto ontológico y epistemológico de la locura. Los comportamientos del loco se estudian, se analizan y se determinan encerrándolo en una red de poder.

Veámos que ya en el Antiguo Régimen comenzaba a surgir la lucha contra la supuesta ociosidad de los mendigos y los pobres. En el régimen liberal esto adquiere un desarrollo exponencial. El eje del poder ya no se encuentra en fundamentos religiosos si no en el trabajo. Los locos y todos aquellos sujetos que serán repudiados por la sociedad son los que no pueden cumplir con las demandas del mundo burgués. No solo carecen de racionalidad sino también de capacidad para producir. Por tanto, el encierro ya no da respuesta a las necesidades de la época. La medicina y el hospital deben reconvertirse.

La medicina comienza a funcionar desde entonces como una máquina de producción de saber alrededor de la locura, siendo creadora de nuevas subjetividades y sujetos que curen sus males y estén perfectamente dispuestos a entrar en el mundo del trabajo. Los hospitales ya no deberán hacerse cargo de, por ejemplo, los vagabundos, porque ellos serán absorbidos por el nuevo sistema laboral, quedando en manos del estado únicamente aquellos sujetos incapaces de trabajar, como los criminales o los enfermos mentales (Álvarez, 2017: 29). Por otro lado, la familia cobrará importancia a la hora de producir saber en el campo psiquiátrico ya que de este núcleo dependerá la educación de los niños para evitar que caigan en la locura.

Si recapitulamos lo dicho en este apartado vemos una tendencia de la Modernidad a escapar de los presupuestos clave de la época anterior. Sin embargo, esto no significa que sus métodos desaparezcan totalmente, sino que la razón ontológica cambia. El

encierro sigue desarrollándose, ya que la sociedad exige ser protegida del loco por unas instituciones claras; sin embargo, el valor de este encierro lo dará su categoría de «enfermedad». Ahora hay un sentido mucho más amplio por el que realizar el encierro y su excusa son los cuidados. De esta manera, el loco se aleja de la estructura propia del Antiguo Régimen y es destinado a un nuevo dispositivo de poder: el asilo psiquiátrico. Este espacio pronto será naturalizado bajo la razón de que el encierro es necesario para la cura (Gros, 2000: 61). Foucault determina:

El hombre occidental no pudo constituirse a sus propios ojos como objeto de ciencia, no se dejó tomar en el interior de su lenguaje y no se dio en él más que en la apertura de su propia supresión: de la experiencia de la Sinrazón nacieron todas las psicologías y la posibilidad misma de la psicología; de la integración de la muerte en el pensamiento médico nació una medicina que se presenta como ciencia del individuo. [Foucault, 2021: 276]

Con esto nos explica cómo las experiencias de la locura son objetivadas, determinando naturalmente al sujeto y constituyendo un nuevo campo del saber creado por el propio flujo de relaciones de poder que, a su vez, invaden todas las áreas de este nuevo conocimiento.

244

4. 3. Inicio de la psiquiatría

La Modernidad es el momento en el que comienza a gestarse este nuevo ámbito del saber. Sin embargo, no será hasta principios del siglo XIX donde la psiquiatría comience a producir discursos propios.

Por medio de la psiquiatría, la locura queda totalmente delimitada. Le corresponden unos síntomas concretos y unos diagnósticos que se organizan en historiales clínicos por los que entra en un circuito burocrático de almacenamiento de información y, de esta forma, de producción de saber. La locura es una enfermedad y, por tanto, tiene que ser curada por los medios que el psiquiatra, como la autoridad competente, designe. Pero, por otra parte, la locura a su vez se distancia de todas las demás afecciones. Si bien se trata y se entiende desde los supuestos de la medicina, la enfermedad de la locura tiene una característica que otros ámbitos médicos no encierran y este es su peligro social. «Toda locura es peligrosa y existen unas nuevas

técnicas punitivas que se aplican sabiamente sobre el alma de los individuos» (Serrano, 1987: 106). Al loco se lo señala, se lo excluye y también se lo trata y patologiza en nombre de la ciencia.

A principios del siglo XIX se conforma el hospital desde nuevos preceptos, que definíamos anteriormente como aquellos que crean el asilo psiquiátrico. No se eliminan las condiciones de los hospitales anteriores, sino que los dispositivos disciplinarios que encontramos dentro de estos se racionalizan y naturalizan bajo discursos de verdad creados por la psiquiatría. El psiquiatra cura al loco, pero también lo contiene en su encierro. Y todo ello bajo la premisa del cuidado, de la búsqueda del bien ya que el loco *por su bien* debe ser curado y *por el bien común* debe ser encerrado. Así, es reconducido hacia la vía de la verdad y la razón que se corresponden con fomentar aquello que mantiene el orden social burgués. La sumisión de los pacientes a este orden vendrá del reconocimiento de su propia locura y la necesidad de curarse. El psiquiatra convence al loco para que naturalice su condición y, a la vez, quiera escapar de ella, por lo que puede dar su consentimiento para la utilización de pruebas y tratamientos distintos (Álvarez, 2017: 35) produciendo un campo de saber que se alimenta de los sujetos que absorbe. Por último, debemos tener en cuenta que todo ello gira en torno a la cultura del trabajo, donde no solo la finalidad del tratamiento de la locura es que los sujetos puedan incorporarse al sistema laboral, sino que también el mismo trabajo se entiende como un elemento que puede facilitar la cura de estos sujetos.

4. 4. Siglo XX

Hasta este momento, las estrategias de control y disciplinamiento de los sujetos clasificados dentro del paradigma de la locura se desarrollaban dentro de las limitaciones marcadas por el hospital o el asilo psiquiátrico. Sin embargo, a finales del siglo XIX esto comienza a ser insuficiente para las demandas del propio poder. Las prácticas disciplinarias se modifican, cambiando también el discurso psiquiátrico sobre la locura. Esta no será considerada como la falta de razón sino como una enfermedad mental que debe ser tratada mediante elementos concretos que ya no se

corresponden únicamente a imposiciones morales. El objetivo de la psiquiatría se desplaza desde la cura de la enfermedad a la prevención de esta.

Por ello, los hospitales y asilos cambian. Ahora hay que observar a los enfermos, evitar los contagios, separarlos (Foucault, 2023: 177). La psiquiatría se implanta en la sociedad y confluye con el ámbito legal, siendo el médico el único sujeto capacitado para dictar el encierro de un loco. El médico dicta de dónde proviene la locura, si es causa de la herencia o el contexto y qué se debe hacer con ella, cómo prevenir su expansión e intentar paliarla. Al loco se le elimina la categoría de sujeto y se le concibe solamente por su enfermedad. La objetivación de sus experiencias lleva consigo necesariamente la pérdida de la subjetividad.

El paradigma social en el que está imbuido el loco ha cambiado desde sus primeras descripciones. Ahora, la psiquiatría ya no necesita encontrar a sujetos que certifiquen su capacidad de saber porque son los propios individuos los que recurren a ella cuando creen necesitarla. La justificación del dominio psiquiátrico será un mayor conocimiento del hombre, pero su verdadera intencionalidad radica en el disciplinamiento social (Álvarez, 2017: 47). El discurso del poder psiquiátrico se ve respaldado por *La Verdad*, una verdad creada a partir de la objetivación de experiencias de distintos sujetos y la dominación de ellos. Con el saber psiquiátrico no solo se define la locura, sino algo todavía más relevante, la categoría de *lo normal* a la que todo sujeto debe adherirse. Las relaciones de poder se verán tensadas entre los normales y los no normales (o locos) permitiendo a la psiquiatría actuar en todo el conjunto social. Cada individuo, siguiendo la retórica liberal, es responsable de cuidarse, de prevenir su descenso a la locura y, en el momento en el que prevea que no puede alejarse de ella, será también su responsabilidad acudir a un médico. De esta manera la psiquiatría conforma su dominio absoluto.

§ 5. Mecanismos disciplinarios en la locura

A través del estudio genealógico de la locura y la creación de la práctica psiquiátrica ya se han podido entrever las líneas de disciplinamiento del cuerpo que se hacen presentes en el tratamiento de la figura del loco.

La psiquiatría se conforma como el objetivo final del desarrollo del control del cuerpo del loco. Es el dispositivo disciplinario por el que su cuerpo y subjetividad se encauzan hacia la normalidad y, por tanto, hacia la producción. No obstante, dentro de este dispositivo existen numerosas técnicas de disciplinamiento que se perfeccionan con el paso del tiempo para hacerlas cada vez más eficientes. Esta evolución irá de la mano con la forma en la que los mecanismos disciplinarios cambian en el desarrollo de la escuela o de las cárceles.

Foucault esclarece en su obra *Vigilar y castigar* el paso clave de los suplicios a la disciplina. Como exponíamos anteriormente, en los primeros el castigo es eminentemente físico y recae sobre el cuerpo. Si el loco era sometido a algún tipo de suplicio era por su conexión con la criminalidad, por su capacidad para ser peligroso. Sin embargo, la forma en la que se llegará al dominio total de su subjetividad no será hasta el momento de desarrollo del disciplinamiento. Como señala el autor «el castigo ya no se ejerce sobre el cuerpo, sino sobre el alma» (Foucault, 2023: 26). El sufrimiento físico o la exposición pública ya no es la razón principal del castigo si no que se concentra en reconducir al individuo hacia la normalidad.

El castigo, en el ámbito psiquiátrico, está respaldado por el discurso científico y por la preocupación social. El psiquiatra no reduce su actuación a medidas negativas como la exclusión o la represión, sino que combina éstas con otras nuevas que tienen efectos útiles, efectos positivos. No se excluye al individuo para ocultarlo sino para curarlo. Los modos de curación serán desarrollados a partir de técnicas de disciplinamiento del cuerpo que ayudarán a crear ese saber sobre la mente del loco a través de la confluencia de relaciones de poder. De esta manera, se puede llegar a desarrollar un aparato de relaciones de poder-saber que no se ciña a un ámbito concreto de actuación, sino que atraviese todos los campos sociales controlando las instituciones disciplinarias, pero también los demás espacios. El poder disciplinario puede controlarlo absolutamente todo de forma discreta, haciendo al conjunto de los individuos partícipes de él sin ni siquiera saberlo.

Este poder puede concretarse en diferentes técnicas de disciplinamiento. Cabe señalar que estas técnicas no son específicas del poder psiquiátrico si no que son adaptadas por este a sus necesidades concretas. En el apartado sobre la disciplina veíamos que el autor destacaba tres instrumentos disciplinarios principales: la

vigilancia jerarquizada, la sanción normalizadora y el examen. Concretaremos a continuación cómo estos tres procesos entran a formar parte de la práctica psiquiátrica.

Por un lado, la vigilancia va adquiriendo diferentes características con el desarrollo histórico de los hospitales y las instituciones psiquiátricas. En un primer momento, la vigilancia es desarrollada por voluntarios que trabajan en los hospitales. En estos primeros hospitales el encierro facilita que el loco esté siempre bajo la mirada de otros haciendo que no pueda desarrollar ninguna actividad perjudicial para la sociedad. En la Modernidad, esta vigilancia clásica cambia. Los locos ya no son vigilados únicamente para controlar sus movimientos, sino para estudiar sus experiencias y su subjetividad con el objetivo de encontrar la manera de reconducirlos a la vida productiva. A través de la vigilancia, la medicina compone su campo de actuación y creación del saber: la enfermedad. El loco, siendo ahora enfermo mental, puede ser categorizado y organizado dentro de las instituciones según sus características. Sin embargo, la vigilancia no se desarrollará plenamente hasta el siglo XIX y XX donde reconoce su verdadero objetivo.

Decíamos anteriormente que la vigilancia llegaba a su máximo esplendor cuando entra a formar parte de todas las relaciones sociales, actúa en silencio y son los individuos los que la reproducen sin ser conscientes de ello. Foucault señala que la vigilancia se organiza «como un poder múltiple, automático y anónimo» (Foucault, 2023: 206). Esta ya no es ejercida únicamente por unos sujetos concretos, sino que abarca todos los campos posibles de actuación y se reproduce de manera automática. Cada individuo es responsable de vigilarse y comprobar que no cae en la locura, es decir, la vigilancia se implanta en todos los cuerpos junto con la culpa. Una persona debe reparar en su posible pérdida de la razón o enfermedad, si no lo hace es que no se ha controlado lo suficiente.

De esta manera, la vigilancia, como todos los instrumentos disciplinarios, acaba individualizándose y funcionando de manera concreta en cada sujeto, pero bajo una red común que son las relaciones de poder entre ellos, las instituciones y todos los campos de la sociedad. El segundo instrumento disciplinario que señala Foucault en *Vigilar y castigar* es la sanción normalizadora. A través de ella se castiga la voluntad del individuo, en este caso para lograr una cura y reconducir su actitud hacia la norma. Con el desarrollo del saber psiquiátrico se distinguen las funciones normales de las

patológicas y se intenta, a través de diferentes métodos, hacer que los ya enfermos mentales desarrollen esas funciones de acuerdo con la norma. La sanción fue en ciertos momentos concretada en castigos físicos, aplicados tanto en los hospitales como en otras instituciones como la cárcel o la escuela. Sin embargo, el disciplinamiento evolucionó hasta técnicas más sutiles, pero, a su vez, más eficaces, de producción de subjetividades normalizadas. Ya no se necesitan suplicios sino únicamente mecanismos de coacción sustentados bajo reglas establecidas por el saber médico.

Cuando el cuerpo se transforma en un cuerpo dócil, este se convierte en el espacio idóneo para reproducir e interiorizar las técnicas normalizadoras de disciplinamiento. Los sujetos se encuentran en un espacio de confluencia de saber y poder que, incluso aun oponiéndose a estas estructuras, no pueden escapar de este marco. Por ello, acaban homogeneizando sus actitudes y llevando a su comportamiento hacia la norma. En el caso de la locura, el individuo debe ceñirse a las reglas impuestas por el médico para formar parte de la sociedad, de esta manera el poder de normalización confluye con el poder disciplinario ya que se crean normas de comportamiento y a la vez se castigan las desviaciones de esa norma (Medina, s.f.: 88).

El último elemento disciplinario y el que constituye el núcleo de este sistema es el examen. Este instrumento tomará formas diversas en diferentes instituciones. En cuanto a la aplicación en el ámbito de la locura podemos referirnos a él como «diagnóstico». En el examen diagnóstico se constituye un sujeto homogeneizado que puede ser descrito por unos rasgos concretos y estudiado como un objeto, a la vez que está bajo la vigilancia permanente de una autoridad. Además, al examen lo acompañan siempre técnicas de organización y clasificación de la información. De esta manera, el examen se convierte en un instrumento positivo, produciendo un constante flujo de saberes intrínsecamente unidos a las relaciones de poder.

El examen funciona también según el principio de individualización. Foucault señala como el diagnóstico «hace de cada individuo un caso que constituye un objeto para el conocimiento y una presa para el poder» (Foucault, 2023: 222). Es decir, separándolo de su comunidad, el individuo es estudiado como un objeto concreto que sirve para las alianzas entre saber y poder.

El examen disciplinario en el campo de la psiquiatría que determinará quién será encerrado y quién no o quién será sometido a técnicas de curación es avalado por el

discurso científico. El médico, como figura de autoridad, tiene la potestad de juzgar las experiencias de una persona, clasificarlas, organizarlas y decidir si es necesario aplicar medidas concretas. El proceso de diagnóstico irá variando a lo largo del tiempo, pero siempre constará de una parte valorativa del estado del paciente. De esta manera, en el proceso diagnóstico las relaciones de poder se hacen totalmente presentes. No es que el médico o psiquiatra posea el poder, este no es su propiedad, sino que se ejerce a través de diferentes estrategias que culminan, en este caso, en el procedimiento examinatorio.

No obstante, aunque el médico sea la autoridad competente para realizar el examen, este, al igual que la vigilancia y la sanción que estudiábamos anteriormente, estará presente en todos los campos sociales. Cada individuo será responsable de vigilarse y atenerse a la norma, pero también de desarrollar un examen constante de su persona para determinar si está cumpliendo correctamente con sus funciones.

5. 1. El esquema panóptico

Al estudiar la genealogía del individuo tipificado como loco se puede observar el cambio en los instrumentos disciplinarios y la facilidad de estos para adaptarse a cada tipo de sociedad. Un importante cambio que da lugar al desarrollo de las técnicas anteriormente descritas es el cambio en el espacio. En un principio el hospital era un espacio cerrado caracterizado por la exclusión. El objetivo final del encierro era excluir a los locos, criminales y todas las demás personas no adaptadas a la sociedad con el objetivo de prevenir la expansión de sus comportamientos a los demás individuos. Sin embargo, será necesario un cambio en estos esquemas que permita la intrusión de diferentes técnicas de disciplinamiento, con el objetivo de reconducir a la normalidad a los allí encerrados.

El hospital debe permitir la vigilancia constante, impedir la multiplicación de la enfermedad y someter a los individuos a la normalización de sus conductas. Para ello, el hospital o el asilo psiquiátrico se reconstruye bajo lo que Foucault denomina como panoptismo.

El esquema panóptico permite individualizar al individuo y a su vez hacerlo completamente visible. La persona ya no se puede ocultar, en este caso, de la constante mirada y vigilancia del médico. Cabe señalar que en el ámbito psiquiátrico el

panoptismo adquiere una dimensión nueva. La justificación de la constante vigilancia no es únicamente la necesidad de proteger a la sociedad del individuo, como puede suceder en los centros penitenciarios, sino también el imperativo de protegerlo de sí mismo. El individuo es peligroso para lo que le rodea y para su propia persona por lo que tiene que ser atendido, cuidado o, en otras palabras, vigilado, por su propio bien. Esta vigilancia a su vez está avalada por un discurso concreto que revela la relación poder-saber en su máxima expresión. Controla al individuo de un modo doble: a través de una división binaria (loco/no loco) y una distribución diferencial y coercitiva (Foucault, 2023: 231) que documenta todas sus características individuales.

El dispositivo disciplinario del panóptico intensifica, según el autor, cualquier aparato de poder debido a sus características. Es decir, categoriza a todos los individuos como objetos de examen, de estudio y a su vez permite vigilarlos constantemente. Es un dispositivo que, además, ya no permanece oculto. Si en un primer momento, las técnicas de disciplina y castigo que se utilizaban como herramientas de freno de la locura solamente eran conocidas por las personas que las desarrollaban, ahora uno de los mecanismos disciplinarios de este instrumento es su disponibilidad al público. Este dispositivo está democráticamente controlado (*ib.*: 239), por lo que cualquiera puede acceder a conocer su funcionamiento.

El panoptismo, a su vez, no se ciñe solo al espacio del hospital o la prisión si no que sale de sus muros. Las técnicas panópticas están inmersas en todos los campos sociales permitiendo un despliegue de poder constante que resulta inconsciente para todo aquel que está inmerso en sus relaciones, es decir, para todos los sujetos.

5. 2. *Sociedad disciplinaria y locura*

Los instrumentos anteriormente nombrados se han multiplicado a través del cuerpo social a lo largo de los siglos. Foucault señala que esta multiplicación es la cara visible de otros aspectos más profundos: la inversión funcional de las disciplinas, la enjambrazón de los mecanismos disciplinarios y la nacionalización de los mecanismos de disciplina (Foucault, 2023). A continuación, los ubicaremos dentro del panorama de la locura.

Por un lado, las disciplinas tienen un papel eminentemente positivo, al igual que el poder. La función de estas cambia ya que su objetivo final pasa a ser la producción de individuos útiles. Anteriormente describíamos la relación entre el encierro y el trabajo. Los sujetos supuestamente ociosos eran encerrados y reconducidos hasta ser plenamente funcionales para la maquinaria trabajadora. Los tratamientos a los que es sometido el individuo diagnosticado con cualquier tipo de variante de locura son administrados con el objetivo de encontrar una cura que permita su reinserción en el ámbito laboral de la sociedad. De esta manera queda patente el componente positivo, productivo de las disciplinas y, por tanto, del poder.

En segundo lugar, las disciplinas se desinstitucionalizan (Foucault, 2023: 244). Siguen existiendo espacios concretos en los que funciona de manera más visible el uso de instrumentos disciplinarios como, en este caso, los psiquiátricos u hospitales. Sin embargo, ya no es en las instituciones donde la disciplina toma su verdadera forma. Los mecanismos están diseminados por todo el campo social, haciendo a todos los individuos partícipes de su desarrollo.

Por último, se nacionalizan sus mecanismos. La disciplina se identifica con un tipo de poder que implica diferentes instrumentos, técnicas, procedimientos que garantiza el establecimiento y la continuidad de las relaciones de poder existentes. A través de la disciplina la potencialidad política de los individuos se minimiza y, a su vez, se maximiza su potencia útil y productiva. Sus mecanismos pueden variar de una institución a otra o de un campo del saber a otro, pero siempre remiten a una forma concreta de relaciones de poder, comunes a todas las disciplinas.

En concreto, en el ámbito psiquiátrico la disciplina reduce la vida del individuo a una serie de síntomas patológicos y a su vez ensalza a la psiquiatría como instancia disciplinaria. El loco es alienado por las relaciones de poder en las que se ve inmerso, conduciéndolo a través del uso de estos mecanismos disciplinarios, a la aceptación de la norma y a la incapacidad política.

§ 6. Consideraciones finales

A través del estudio de la confluencia entre poder, disciplina y locura podemos ser capaces de entender el razonamiento de Foucault sobre estos conceptos y cómo

ninguno de ellos trabaja de manera independiente. Estos razonamientos nos pueden ayudar a entender cómo funcionan hoy en día las dinámicas de poder en las que estamos inmersos sin ser conscientes de ellos.

En el ámbito de la locura o la enfermedad mental, la psiquiatría se ha desarrollado enormemente a lo largo de las últimas décadas. Actualmente, en esos mecanismos de disciplinamiento que el autor describe asociados a la figura del loco deberíamos necesariamente incluir un apartado relativo a la introducción de psicofármacos y el desarrollo de la industria farmacológica. Estos nuevos paradigmas no dejan de reforzar el pensamiento de Foucault sobre las relaciones de poder y las técnicas disciplinarias que confluyen en toda la sociedad.

Cabe señalar que algunos autores contemporáneos, como puede ser Byung-Chul Han, se posicionan a favor de la superación de las tesis foucaultianas. Según el autor, hoy en día hemos pasado de la sociedad del disciplinamiento a la sociedad del rendimiento (Han, 2024). Sin embargo, si analizamos el funcionamiento de las instituciones psiquiátricas o penales hoy en día, las técnicas de vigilancia y autovigilancia o la aplicación de medidas normalizadoras podemos observar cómo la reproducción de las técnicas disciplinarias sigue funcionando en la sociedad actual. Si hablamos de psiquiatría, hoy en día las experiencias de los diagnosticados con enfermedades mentales siguen siendo homogeneizadas y organizadas de forma productiva para la creación de saber mientras que se intentan guiar sus comportamientos hacia la norma. Por ello, recordar las tesis de este filósofo y aplicarlas al mundo presente resulta de vital importancia para comprender los procesos contemporáneos, las formas de comprensión actual de la enfermedad mental y los posibles marcos de actuación ante la nueva creación de formas de disciplinamiento.

Bibliografía

- Álvarez Carrizo, Alejandro (2017), *Locura y poder en Michel Foucault. Los locos parrésicos*. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Trabajo Fin de Máster, <<https://hdl.handle.net/20.500.14468/15286>>, [23/02/2025].
- Ávila Fuenmayor, Francisco (2006), «El concepto de poder en Michel Foucault», en *Telos: Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, vol. 8, n.º 2, pp. 215-234, <<https://ojs.urbe.edu/index.php/telos/es/article/view/2676>>, [20/02/2025].

- Castel, Robert (1980), *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. Madrid, La Piqueta.
- Deleuze, Gilles (1987), *Foucault*. Barcelona, Paidós.
- Foucault, Michel (2023), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2022), *Microfísica del poder*. Madrid, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2021), *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Madrid, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (2015), *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de cultura económica. 2 vols.
- Foucault, Michel (2007), *El poder psiquiátrico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (1990), *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre la dominación y desviación*. Madrid, La Piqueta.
- Gros, Frédéric (2000). *Foucault y la locura*. Argentina, Nueva Visión.
- Han, Byung-Chul (2024), *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder.
- Jay, Martin (2009), *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*. Barcelona, Paidós.
- López, Ernesto (1979), «El poder disciplinario en Foucault», en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 41, n.º 4, pp. 1421-1432, <<https://doi.org/10.2307/3540079>>, [10/01/2025].
- Medina, E. (s.f.), *La relación de poder y locura en Michel Foucault*. México, Universidad Autónoma de México.
- Serrano González, Antonio (1987), *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.